

"Nuevos humos" XXX  
n.º 1538

ME cuentan que el Sr. Alcalde Presidente—de Real orden—del Exce-lentísimo—supongo que lo será—Ayuntamiento de la Villa y Corte de Ma-drid no prohibió la representación en el Teatro Español de mi drama *El pasado que vuelve*, sino que lo pidió para ejercer la previa censura, y el empresario del tea-tro, con muy buen acuerdo, se negó á ac-ceder á ello. Tratábase de una cuestión de principios.

La obra había sido ya representada en esta ciudad de Salamanca por la Compañía Gómez de la Vega-Morla y con muy satisfactorio resultado para mí. Acaso el Sr. Alcalde no sabía esto, ó acaso el título le sobresaltó. «¿Qué pasado será ese que vuelve y qué alusiones habrá alif?», se diría. ¡Y como, además, he sido declarado por la Policía, en documento que figura en autos, *elemento peligroso y perturbador del orden!*... Pero creo que no, que el señor Alcalde no tenía la menor prevención respecto á la obra, aunque acaso sí respecto á mí—que le soy perfectamente desco-nocido—, y que sólo trataba de establecer su autoritario derecho á ejercer la previa censura en un teatro del Municipio.

Por lo demás debo confesar que me es extraña y hasta repulsiva toda poesía—el drama, aunque esté en prosa, ó es poético ó no es drama—tendenciosa, que no comprendo eso de *novela roja*, por ejemplo, ó comedia socialista. Lo mismo po-dían hablarnos de química protestante ó de música conservadora. Cuando me he propuesto hacer arte lo habré hecho bueno ó malo, pero no tendencioso. ¡Y no faltó quien cuando publiqué mi novela *Paz en la guerra*—cuya segunda edición está á punto de salir á luz—dijeron que era una obra... carlista!

No. Nunca se me ha ocurrido hacer li-teratura política. Lo que no quiere decir que cuando hago política no me preocupe, y mucho, de la calidad literaria de mi obra. Pero esto será hacer política li-terariamente. Y no es lo mismo.

Hay obras que son á la vez políticas y literarias, mas no cabe confundir ambos aspectos. Unas veces el fin político es su-bordinado y ni es fin propiamente, sino un medio para satisfacer la finalidad y la necesidad literarias. Tal sucede con *Les Chatiments* (Los Castigos), de Víctor Hugo. El pobre Napoleón III, Napoleón el Chico, se prestaba muy bien á la apoca-líptica sátira de Víctor Hugo. Y entre nosotros los discursos del Sr. Vázquez de Mella han solido ser más que políticos li-terarios, aunque de una literatura deplorable y de barroco en escayola. Que es tan malo como la filigrana en plomo. Y sin el más leve rastro de humor.

Puedo decir más, y es que si mis cam-pañas políticas en la Prensa han tenido alguna eficacia, se debe á ese cuidado que he puesto en su aspecto literario. «Pasión y expresión son la belleza misma»—decía el gran poeta, místico y dibujante Wil-liam Blake—, y yo por mi parte he pro-

# DEL ESTILO EN POLÍTICA

Madrid 13 Julio 1923

curado expresar mis pasiones, políticas y de otras clases, para embellecerlas así.

No se me ocurrirá nunca juzgar una obra de arte por su calidad política—ó ética ó religiosa ó científica—; pero, en cambio, sí se me ocurre juzgar una obra política por su calidad artística. El exa-men del estilo artístico en política suele ser decisivo para apreciar el valor polí-tico ó, si se quiere, la eficacia. Así, por ejemplo, podía preverse la ineficacia final del llamado maurismo con sólo darse cuenta de la perversión de su estilo. Y no me refiero al estilo personal de D. Anto-nio Maura, no, sino al de los que han tra-tado de dirigirle, al estilo del maurismo. Un estilo que es como la profanización del estilo del Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús, un estilo entre luis y chulo.

¡El estilo! Hay que emprender el estu-dio estilístico de nuestras políticas. Nues-tros partidos apenas se distinguen sino por el estilo. Es común á casi todos ellos la impermeabilidad al humor. Ni aun los conservadores idóneos, cuyo fondo es el más refinado escepticismo, suelen llegar á él, aunque se le acercan.

El maurismo de D. Antonio Maura, que es sólo suyo y no puede ser de otro, se vacía en unas cuantas metáforas, no de la más excelente calidad artística. En cuan-to al cervismo—si es que eso es políti-ca—, se cifra en aquella sentencia popu-lar que hizo suya su caudillo: «De aquí á cien años, todos calvos...» ¿Que este di-cho no es original de D. Juan de la Cier-va? Según qué entendamos por originali-dad. Benedetto Croce sostuvo que un so-neto de Tansillo que figura en los *Herói-cos furros*, de Giordano Bruno, es de éste y no de Tansillo, aunque éste lo escribie-ra, así como sostengo yo que el madrigal que cantó Don Quijote «arrimado á un tronco de una haya ó de un alcornoque» (parte segunda, cap. LXVIII) era de él, de Don Quijote, y no de Cervantes ni de Pedro Bembo, según nos dice el creditísi-mo anotador D. Francisco Rodríguez Ma-rín, de la R. A. E. Que esto de la íntima originalidad no es cosa de erudición. Y así yo sostengo que la sentencia esa («De aquí á cien años, todos calvos...») la ha descubierto el Sr. La Cierva, que es quien siente todo su sentido.

Sí. Hay que estudiar el estilo en nues-tra política; pero que no lo estudien, ¡por Dios!, ni eruditos—que lo analizan por el sistema métrico decimal—ni estilistas. ¡No. Estilistas, no! Estilo no es estilismo.

Ya sé que para los más de nuestros po-líticos estas errabundas disquisiciones ca-recen de seriedad. Pero aquí está el pun-to. Y sé también que buen número de nuestros políticos no son más que litera-tos fracasados. O aún menos: dramatur-gos fracasados.

Hay que hacer de la propia vida una obra de arte. Y es la manera de servir mejor á la patria, ó sea de hacer historia, que es hacer política.

